

¿EL PUEBLO O LA PLEBE? LA PARTICIPACIÓN POPULAR EN LA ESPAÑA DE 1808 SEGÚN CUATRO TESTIMONIOS CONTEMPORÁNEOS

Marco Antonio Landavazo Arias

Esta era la España de aquellos días,
donde, como sucede en épocas en que
tiene parte en los negocios públicos
el pueblo todo, andaban no sólo cercanos,
sino juntos, lo ridículo y lo sublime.

Antonio Alcalá Galiano: *Memorias*

Introducción

Los estudiosos de la historia de España coinciden en señalar el año de 1808 como una fecha altamente significativa, por cuanto que marca un punto de inflexión en el curso del desarrollo histórico de



Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo. Correo electrónico: marcolandavazo@yahoo.com.mx

TZINTZUN, Revista de Estudios Históricos, N° 39, enero-junio del 2004.

esa nación europea. En efecto, el motín de marzo en Aranjuez que culminó en la cesión del trono de Carlos IV en su hijo Fernando, las abdicaciones de abril en Bayona mediante las cuales Napoleón obtuvo la Corona española y el levantamiento popular iniciado en Madrid el 2 de mayo contra el “tirano” francés y en defensa del “deseado” Fernando VII, son sucesos cuyo significado trasciende su contenido, plagado de intrigas, traiciones, confusión y anarquía: simbolizan el fin del “Antiguo Régimen” y el principio de la España contemporánea.¹

Parte importante, fundamental quizá, de la “contemporaneidad” española que se inaugura en aquel año clave fue el de la irrupción de las masas en el escenario político. Hasta ese entonces la presencia popular era poco menos que el decorado habitual de una vida pública dominada, al menos en términos jurídicos, por la nobleza, el clero, la Corte y las corporaciones de todo tipo. El siglo XIX, por el contrario, arranca con el proceso de construcción de un Estado liberal y constitucional sobre la base de la soberanía popular, sistema cuyos principios logra mantener aun con el permanente acoso del intervencionismo militar y de la injerencia de los poderes de hecho como el caciquismo.²

¿Cómo empieza a ser visualizada por las elites españolas la existencia de esa radicalmente renovada presencia popular? Ese es justamente el tema de este trabajo, que abordaremos a partir de los testimonios de cuatro personajes involucrados directamente en los acontecimientos que se precipitan a partir de 1808. Ellos son Antonio Alcalá Galiano, el Marqués de Ayerbe, José María Blanco White y

¹ Así titulan sus obras dedicadas al periodo Joseph Fontana, *La crisis del Antiguo Régimen, 1808-1833*, (Guías de Historia Contemporánea de España, 1), Barcelona, Editorial Crítica, 1979; y Miguel Artola, *Los orígenes de la España contemporánea*, Madrid, Instituto de Estudios Políticos, Vol. I, 1959.

² Un interesante estudio que se ocupa en parte de las perversiones de hecho que sufrió el sistema constitucional español durante la era isabelina y el sexenio revolucionario (1868-1874) es el de José María Jover, *La civilización española a mediados del siglo XIX*, Madrid, Espasa Calpe, 1991, pp. 50-96. Para el fenómeno del caciquismo en su relación con los procesos electorales en el periodo de la Restauración véase José Varela Ortega, *Los amigos políticos. Partidos, elecciones y caciquismo en la Restauración (1875-1900)*, Madrid, Alianza Editorial, 1977.

Manuel Godoy. En forma de memorias, cartas, recuerdos o reflexiones, los cuatro escriben sobre los inéditos sucesos del periodo, con un espíritu autojustificativo ciertamente pero mostrando siempre las nociones, los valores, los prejuicios y las aporías de sus miradas, que en cierta manera no son sino la expresión del espíritu de la época.

La selección de los testimonios se hizo con la idea de cubrir en lo posible el espectro político del momento. Así, mientras Godoy representa al grupo político que pierde el poder tras los motines de Aranjuez, el grupo opositor que asciende está representado por el Marqués de Ayerbe, miembro de la corte de Fernando VII; igualmente, Alcalá Galiano fue un liberal que paulatinamente fue moderando sus posiciones políticas mientras que Blanco White representa, con su “furor antiespañol y anticatólico” denunciado por Menéndez y Pelayo, al grupo de los “heterodoxos”.

Primer acto: las potencialidades de la plebe

Los procesos de El Escorial mediante los cuales se pretendió enjuiciar al Príncipe de Asturias y el motín de Aranjuez cuyo desenlace fue la ascensión al trono de Fernando VII son punto de partida de la crisis de 1808, el “primer síntoma de las convulsiones que nos amenazaban”, según consigna Blanco White.³ Pero son también el inicio de la puesta en escena de una obra que, a partir de entonces, sería permanentemente representada: la de la participación popular.⁴

³ Blanco White, José, *Cartas de España*, (El libro de bolsillo, 375), Madrid, Alianza Editorial, 1986, p. 287.

⁴ En este trabajo utilizo el término “pueblo” en un sentido más o menos neutral, si fuese esto posible, como la masa de los ciudadanos de un país, con exclusión de las elites. Los significados del vocablo están a debate desde luego, y en este mismo trabajo se pueden advertir las ambigüedades de las elites cuando utilizan el término de “plebe”. Me excuso de presentar el debate al respecto, y remito al lector al trabajo de Genevieve Bolleme, *El pueblo por escrito. Significados culturales de lo popular*, México, CONACULTA, 1990, pp. 27-52; y a las sugerentes reflexiones, con referencia al mundo hispanoamericano, que hace François-Xavier Guerra, *Modernidad e independencias. Ensayos sobre las revoluciones hispánicas*, México, Fondo de Cultura Económica, 1993, pp. 351-381.

Los procesos y el motín encuentran desde luego razones más o menos objetivas para explicarlos. Una de ellas, sin duda, es la decadencia económica, política, militar y financiera que padecía la monarquía. El historiador norteamericano Gabriel Lovett resumió así la situación española de fines del siglo XVIII: una administración caótica, una economía paralizada y una situación financiera catastrófica. Por su parte, los desastres militares de Carlos IV –que ocasionaron la interrupción del comercio con las colonias, arruinaron los puertos, e impactaron negativamente la agricultura, la industria y el comercio– contribuyeron a desacreditar política y moralmente a la monarquía y, señaladamente, a Manuel Godoy.⁵

Pronto, amplios sectores de la sociedad encontraron en Godoy al chivo expiatorio sobre el cual descargar las culpas por la penosa situación que vivía la monarquía,⁶ y en el Príncipe de Asturias la encarnación de los anhelos de renovación del imperio. La gran influencia que el extremeño logró tener sobre los monarcas fue probablemente lo que lo convirtió en el personaje más impopular de España, impopularidad que aumentó en grado sumo cuando se le acusó de conspirar a favor de una Regencia encabezada por él y en contra de que el príncipe heredara la Corona. Así, en vísperas de los llamados procesos de El Escorial existía, según expresión de Alcalá Galiano, una “mal refrenada indignación popular” contra Godoy, hasta el punto que se le atribuía ser el causante de los dos abortos y la muerte de María Antonieta, primera esposa de Fernando.⁷

⁵ Lovett, Gabriel, *La guerra de independencia y el nacimiento de la España contemporánea*, Barcelona, Ediciones Península, 1975, Vol. I, pp. 36-40; Miguel Artola, *Los orígenes de la España contemporánea...*, pp. 86-100.

⁶ No toda la responsabilidad recaía en el valido, pero ciertamente había muchos elementos para que tuviera lugar el proceso de asimilación del extremeño con la ambición y la perversidad. Según Lovett, las clases privilegiadas lo odiaban porque se había esforzado en intensificar el programa de reforma económica iniciada en tiempos de Carlos III; los intelectuales y la clase media por su dictadura de hecho; y el pueblo llano por las abiertas y casi delirantes simpatías que su persona despertó en el rey y sobre todo en la reina. Gabriel Lovett, *La guerra de independencia...*, pp. 30-31.

⁷ “Memorias”, *Obras escogidas de Antonio Alcalá Galiano*, (Biblioteca de Autores Españoles, 83), Madrid, Ediciones Atlas, 1955, Vol. I, pp. 316-317.

Los “procesos” son de sobra conocidos. En el mes de octubre de 1807, Carlos IV fue informado de que su primogénito recibía en secreto correspondencia y velaba por las noches, y que su semblante daba indicios “de meditar algún importante asunto”. Prevenido, el rey mandó arrestar a Fernando e incautar sus documentos, entre los que se encontraron planes para destituir a Godoy y para concertar un matrimonio con un miembro de la familia de Napoleón. El Príncipe de Asturias terminó confesando sus planes, delató a sus cómplices, pidió perdón y logró ser absuelto, pero sus amigos fueron sujetos de proceso, entre ellos su consejero Juan de Escoiquiz, el duque del Infantado y el Marqués de Ayerbe.⁸

Las cosas para el partido de Godoy, sin embargo, salieron al revés. Como ha dicho el profesor Carlos Seco Serrano, la conspiración del príncipe contra sus padres se convirtió, en la imaginación del pueblo, “en conspiración de los padres, embaucados por el *traidor* Godoy, contra el hijo *mártir*”.⁹ Hasta el liberal Alcalá Galiano calificó la prisión de Fernando como ridícula e injusta, mientras que Toreno se refirió al “ruidoso y escandaloso proceso del Escorial”.¹⁰ De esa suerte, el resultado inmediato de los procesos fue la profundización del desprestigio de Godoy, la elevación de la popularidad de Fernando, y hasta el convencimiento de Napoleón de que ninguna de las facciones era confiable y que las circunstancias eran favorables para sus propósitos de intervención.¹¹

⁸ Se ha dicho que entre los papeles de Fernando se encontraron también una carta del príncipe en la que se sugerían medidas directas para atentar contra el válido y la reina y un plan para destronar al rey. Toreno afirma que es falso, pero en el decreto dado por el rey en 30 de octubre de aquel año y en la carta que envió a Napoleón para informarle de los hechos se formularon tales cargos. Conde de Toreno, *Historia del levantamiento, guerra y revolución de España*, (Biblioteca de Autores Españoles, 64), Madrid, Ediciones Atlas, 1953, pp. 8-11. Véase también Gabriel Lovett, *La guerra de independencia...*, pp. 32-33.

⁹ Seco Serrano, Carlos, “Introducción”, Miguel Artola, *La España de Fernando VII*, Madrid, Espasa Calpe, 1999, p. 26.

¹⁰ “Memorias”, *Obras escogidas de Antonio Alcalá...*, p. 317; Conde de Toreno, *Historia del levantamiento, guerra y revolución de España...*, p. 19.

¹¹ Lovett, Gabriel, *La guerra de independencia*, I, p. 35; Raymond Carr, *España, 1808-1975*, Barcelona, Ediciones Ariel, 1999, p. 93.

Después de la cuestión de El Escorial, Napoleón logró la ocupación militar de la Península bajo el pretexto de atacar Portugal y en virtud del Tratado de Fontainebleau firmado entre Francia y España, al mismo tiempo que se convertía en poco menos que el árbitro de las disputas domésticas de la Corte. Percatado de las intenciones ocultas de Napoleón, Godoy decidió trasladar a los reyes a Sevilla para, dado el caso, partir hacia América y ponerse a salvo de los cerca de 100 mil hombres que formaban el destacamento militar francés en España. La decisión, que ayer y hoy ha sido vista como acertada, fue lo que provocó sin embargo el motín de Aranjuez y la posterior caída del valido.¹²

Las noticias del traslado de Sus Majestades a Sevilla soliviantaron los ánimos de la gente en Madrid y Aranjuez. Carlos IV dio al público en 16 de marzo una proclama en la que negó veracidad a los rumores de su partida, al mismo tiempo que explicaba que las tropas del emperador francés atravesaban España “con ideas de paz y de amistad”. Aunque la gente se tranquilizó y aun se presentó ante los reyes con vivas y expresiones de fidelidad, ante lo que se consideró una retractación del proyectado viaje, un movimiento de tropas de Madrid hacia Aranjuez agitó de nuevo a la muchedumbre y volvió a esparcirse el rumor de que la salida de los reyes tendría lugar entre el 17 y el 18 del mismo mes. Toreno refiere que en ese justo momento corrió otro rumor: que el Príncipe de Asturias había dicho que el viaje de sus padres era un hecho pero que él no deseaba hacerlo. Ello fue el inicio del motín y de la conversión definitiva de Fernando en El Deseado.¹³

Los amotinados, azuzados por partidarios de Fernando, no sólo evitaron de ese modo la supuesta retirada regia, sino que lograron la caída de Godoy y, al final de cuentas, que Carlos IV cediera el trono a

¹² Así lo afirma Conde de Toreno, *Historia del levantamiento, guerra y revolución de España...*, p. 20. Para Carr fue una ironía, y para Lovett una paradoja, que Godoy haya sido derribado y tratado como traidor justo en el momento en que había decidido oponerse a Napoleón. Véase Raymond Carr, *España, 1808-1975...*, p. 94; Gabriel Lovett, *La guerra de independencia...*, p. 90.

¹³ Toreno, Conde de, *Historia del levantamiento, guerra y revolución de España...*, pp. 19-21. En la página 20 se encuentra la proclama de Carlos IV.

su hijo. Efectivamente, tras convocar a todos los ministros del Despacho el 19 de marzo de 1808, el rey comunicó su decisión, consignada en un decreto del mismo día, de “abdicar mi corona en mi heredero y mi muy caro hijo”.¹⁴ Se trató, pues, no de un motín como cualquier otro, sino de una primera prueba de las enormes potencialidades de la manifestación popular.

En efecto, los motines -explosiones espontáneas y de corta duración producto de la escasez de productos alimenticios o de la carestía- eran fenómenos recurrentes en la historia española y europea. El famoso motín de Esquilache de 1766, que tuvo importantes repercusiones políticas como un cambio ministerial y la expulsión de los jesuitas, ha sido visualizado sin embargo como uno más de los motines de subsistencia, como ha demostrado claramente Pierre Vilar. Pero el motín de Aranjuez fue algo totalmente distinto, pues el derrocamiento de un monarca, como señaló hace tiempo Brian Hamnett, era un acto sin precedentes en la historia española, por lo menos de los dos siglos anteriores. El propio Alcalá Galiano llegó a afirmar que un motín como el de Aranjuez “no se había visto en largos años”.¹⁵

El mismo día que Fernando ascendió al trono tras el motín, el pueblo (¿o la plebe?) empezó a dejar constancia de su presencia. En primer lugar expresando su delirio por Fernando y su ira en contra de Godoy, esa encarnación del mal:

Poco después de la medianoche del 19 (de marzo) el populacho atacó furiosamente la casa del príncipe de la Paz, que apenas tuvo el tiempo

¹⁴ En el mismo decreto Carlos IV afirmó que era su “real voluntad” que se obedeciese al nuevo rey en adelante, y que la cesión del trono había sido “libre y espontánea”. Sin embargo sabemos que, como afirmó Artola, el motín de Aranjuez había sido la culminación de la política personal del príncipe heredero, y el fruto de una agitación organizada por sus partidarios para “forzar la mano” de su padre y alcanzar la Corona sin necesidad de esperar su muerte. Miguel Artola, *La España de Fernando VII*, Madrid, Espasa Calpe, 1999, p. 41.

¹⁵ Vilar, Pierre, “Coyunturas. Motín de Esquilache y crisis de Antiguo Régimen”, *Hidalgos, amotinados y guerrilleros. Pueblo y poderes en la historia de España*, Barcelona, Editorial Crítica, 1999, pp. 93-140; Brian R. Hamnett, *La política española en una época revolucionaria, 1790-1820*, México, Fondo de Cultura Económica, 1985, p. 60; “Memorias”, *Obras escogidas de Antonio Alcalá Galiano...*, p. 326.

justo de saltar del lecho y escapar de los cuchillos que apuñalaron con furiosa rabia el sitio en que el calor de las sábanas mostraba que su cuerpo había estado descansando hasta pocos minutos antes.¹⁶

Para Blanco White, como se observa en la cita anterior, era el “populacho” quien se manifestaba: no el pueblo, sino su versión bizarra y perversa. La actitud de Alcalá Galiano es, por su parte, ambivalente. En sus escritos es habitual encontrar juicios ponderados, pero al consignar en sus memorias el momento en que Godoy es encontrado en su casa y llevado ante Fernando, narra cómo acudieron al acto “numerosas y enfurecidas turbas a saciar en él su saña” y cómo fue objeto no sólo de denuestos e injurias sino de golpes “y pinchazos”. Agrega que poca lástima causó en el “feroz vulgo” su lamentable estado pero que él dejó escapar algunas lágrimas cuando supo del incidente, y aun su madre, que aborrecía a Godoy, sintió por él conmiseración y hasta ternura.¹⁷

Pero al mismo tiempo, señala que una vez que quedó claro que el “desorden” desatado sólo hacía peligrar a la “parentela y amigos íntimos” del valido, lo “horroroso” del tumulto se hacía menos repugnante pues esas gentes “eran pocas y malquistas” y, por tanto, “no era común dolerse de ellas”.¹⁸ Para Alcalá Galiano, así, Aranjuez y sus secuelas no eran más que tumultos, desastres en los que había participado la plebe, el vulgo; sin embargo, el odio generalizado que se sentía por Godoy y sus paniaguados actuaba como atenuante.

Pero los tumultos se extendieron más allá de Aranjuez y empezaron entonces a causar malestar y temor. El mismo 19 de marzo llegaron a Madrid las noticias de Aranjuez y el alborozo “fue general” y “dábanse las gentes sentidas enhorabuenas”.¹⁹ Al mismo tiempo se hizo evidente que “una tormenta estaba a punto de descargar sobre los parientes más cercanos de Godoy”: la casa de su hermano Diego

¹⁶ Blanco White, José, *Cartas de España...*, p. 293.

¹⁷ “Memorias”, *Obras escogidas de Antonio Alcalá...*, Vol. I, pp. 327-328.

¹⁸ *Idem*.

¹⁹ *Ibid*, p. 326.

fue asaltada por una “furiosa turba”, que después se dirigió contra la casa del príncipe Branciforte.²⁰ Y aunque Alcalá afirma que el odiado objeto de la furia popular mitigaba su carácter “horroroso”, el hecho de tratarse de una fuerza espontánea, explosiva y sin control provocaba su rechazo y por ello las llenó de adversos calificativos: se trataba de una pasión que “no consiente el raciocinio”, teatro de violencia, desorden, furia de la plebe, alborotadas turbas, crecidísimo vulgo.²¹

Para Godoy -no podía ser de otra manera-, el motín de Aranjuez trajo consigo un “océano de desgracias, de plagas, de trabajos y de calamidades” para el imperio español. Había sido el motín fruto de las maquinaciones de los consejeros de Fernando, que habían engañado a éste y al pueblo. Los amotinados, sobre todo los que asaltaron su casa y lo agredieron, eran turbas desatadas, la plebe, pero una plebe engañada. Godoy insistirá, una y otra vez, en el factor engaño: sólo así el pueblo bajo podía prestarse a los designios perversos de Juan de Escoiquiz y compañía, en contra de un generoso y anciano rey como Carlos IV y un hombre leal y patriota como Manuel Godoy.²²

Engañadas o insensatas, furiosas aunque a veces no tan repugnantes, lo cierto es que la “plebe” y sus motines y tumultos empezaban a tener en 1808, a diferencia de ocasiones anteriores, repercusiones de amplia trascendencia. Y con ello se abría la posibilidad, teóricamente al menos, de que se reconociese como una fuerza política. Algo vislumbraba ya Alcalá Galiano: el desorden en las calles, afirmaba, impuso miedo “a la gente decente y acomodada”; la generación presente, acostumbrada a los tumultos, veía ahora campante la sedición, “interrumpido el público sosiego y faltando el orden constante con que la autoridad mandaba y los súbditos obedecían”.²³ Ya no se trataba de simples tumultos, como alcanzaban

²⁰ Blanco White, José, *Cartas de España...*, pp. 294-295.

²¹ “Memorias”, *Obras escogidas de Antonio Alcalá...*, Vol. I, pp. 326-329.

²² *Memorias del Príncipe de la Paz*, (Biblioteca de Autores Españoles, 89), Madrid, Ediciones Atlas, 1965, Vol. II, pp. 301-317.

²³ “Memorias”, *Obras escogidas de Antonio Alcalá...*, Vol. I, pp. 326-327.

a columbrar las elites españolas: ahora, el orden tradicional se veía amenazado.

Segundo acto: fidelidad, patriotismo y resistencia

Pero fue a partir de la así llamada guerra de independencia española que el problema de la presencia popular se planteó en sus términos básicos. Ello por una doble razón. Por un lado, porque las instituciones representativas del Antiguo Régimen, como afirmó con dureza Miguel Artola, habían llegado a la “quiebra total”: los reyes que fracasaron al abandonar a su pueblo, la Junta de Gobierno que toleró a Murat como su presidente, el Consejo de Castilla que dio curso a las órdenes de aquélla, las Audiencias que le dieron cumplimiento a dichas órdenes y los capitanes generales que intentaron mantener una legalidad periclitada.²⁴ Y por el otro, porque el levantamiento popular contra la invasión francesa dio lugar, precisamente por la inacción o complicidad de las viejas clases dirigentes, a la constitución de un poder “revolucionario”, que se expresó en la formación de juntas locales y provinciales, sobre las que descansaron el gobierno efectivo y el esfuerzo bélico de los años 1808-1814.²⁵

Esta situación, sin embargo, significó un dilema para las elites y autoridades españolas como bien lo vio hace ya tiempo Raymond Carr: la posibilidad de la resistencia a las tropas de Napoleón se redujo al llamamiento de la multitud que encarnó, entonces, a la “nación soberana”; pero había dudas si la derrota del ejército invasor era preferible a “los peligros de una multitud armada fuera de control en las calles”.²⁶

El levantamiento popular que inició el 2 de mayo de 1808 en Madrid tuvo ciertamente una naturaleza multidimensional, pues

²⁴ Artola, Miguel, *Los orígenes de la España contemporánea...*, pp. 103-146.

²⁵ Fontana, Josep, *La crisis del Antiguo Régimen...*, p. 18; Raymond Carr, *España, 1808-1975...*, pp. 96-100.

²⁶ Carr, Raymond, *Op. Cit.*, p. 95.

conjunta en una síntesis precaria los rasgos de un motín “xenófobo”, una manifestación de defensa religiosa, un referente fidelista y patriótico y una guerra de independencia nacional. Se sabe que la presencia de tropas francesas, aunque había producido expresiones populares de descontento, se veía con buenos ojos pues se tenía la idea de que acudían para apoyar a Fernando. Por el contrario, la primera “explosión” de indignación contra los franceses se produjo como consecuencia de su intervención en favor de Godoy, de la escolta que le fue prestada para salir fuera del reino. Los madrileños mostraron un “amargo resentimiento” ante su “frustrado desquite”, señala Blanco White, con comentarios agresivos dichos “a viva voz por todos los barrios de la capital”.²⁷

Agrega Blanco que Napoleón se hubiera ganado el afecto de los españoles si hubiese reconocido a Fernando como rey de España; pero la verdad “no pudo seguir oculta mucho tiempo” y al descubrirse las intenciones de Bonaparte aparecieron las señales más claras de “una inevitable catástrofe”.²⁸ Y es que debemos recordar que uno de los resortes del motín de Aranjuez, además del deseo de terminar con la gran autoridad de Godoy, era un creciente sentimiento popular que veía en el Príncipe de Asturias el camino de la redención de la patria. Por eso, la noticia de la caída de Godoy y la ascensión al trono de Fernando se esparció por toda España y fue celebrada con entusiasmo. El regocijo popular llegó a su clímax cuando el nuevo rey hizo su entrada en Madrid. Así pinta el momento Blanco White:

Sin más aparato que el entusiasmo popular de los madrileños entró Fernando a caballo por la puerta de Atocha, acompañado de un reducido grupo de la guardia. Yo estaba allí, muy cerca de la misma entrada, y pude verlo perfectamente cuando, rodeado por el pueblo, cabalgaba lentamente en dirección al hermoso Paseo del Prado. Nunca recibí monarca alguno tan sincera y cariñosa bienvenida de parte de sus súbditos, y nunca pueblo alguno contempló cara más vacía e inexpresiva, aun entre las alargadas facciones de los Borbones españoles. A una presencia

²⁷ Blanco White, José, *Cartas de España...*, p. 297.

²⁸ *Idem*.

nada cautivadora se unía tal timidez o torpeza de expresión que, de no ser por el movimiento natural del cuerpo, hubiéramos podido pensar que estábamos malgastando nuestro homenaje ante una figura de cera.²⁹

Las abdicaciones de la familia real a favor de los hermanos Bonaparte frustraron rápidamente las esperanzas depositadas en el nuevo reinado de Fernando. No es noticia ahora saber que el mismo Fernando que se volvió a los ojos del pueblo la antítesis del emperador francés, haya sido no sólo el mismo que buscó afanosamente su reconocimiento sino, peor aún, el mismo que escribiera aquellas cartas, ya preso y desposeído de su Corona, en las que felicitaba a Napoleón y a José por el acceso de éste al trono, en las que protestaba amor sincero y eterna fidelidad a Su Majestad Imperial, en las que se congratulaba de sus victorias, y en las que pedía, en el colmo, que el emperador lo aceptase como “hijo adoptivo”. Cartas que, dicho sea de paso, Josep Fontana calificó como las “repulsivas pruebas de su vileza moral”.³⁰

La abdicación en favor de Bonaparte y el cautiverio del joven monarca en Valençay se tuvieron, así, por obra de la traición y la perfidia del emperador. Napoleón suplantó entonces a Godoy como encarnación del mal, y Fernando ya no era sólo la personificación de la esperanza de un futuro mejor sino el símbolo de una patria y una religión amenazadas.³¹ En sus *Recuerdos de un anciano*, Alcalá Galiano retrata bien el ambiente que se respiraba:

A cualquier circunstancia se atendía, esperando ver hecha mención solemne como de rey del cautivo Fernando. Hubo quien me contase que por deseo de oír tan deseada mención, había ido a oír misa cantada, y que tuvo el gusto de que en la colecta el sacerdote, anticipándose a órdenes de oficio, dijese después de nombrar al Papa y al obispo *Regem nostrum*

²⁹ *Ibid*, p. 296.

³⁰ Fontana, Josep, *La crisis del Antiguo Régimen...*, p. 57.

³¹ Sobre el papel que jugó la metáfora de la lucha entre el Bien y el Mal como parte del proceso de construcción del “mito reaccionario”, es decir, de los orígenes del pensamiento reaccionario español, puede verse el excelente trabajo de Javier Herrero, *Los orígenes del pensamiento reaccionario español*, (Alianza Universidad, 528), Madrid, Alianza Editorial, 1998, pp. 223-250.

Ferdinandum. Frivolidades parecen estas cosas a la generación presente; pero no lo eran entonces, por ser el pronunciado nombre algo más que el de un Monarca, la expresión del voto unánime de un pueblo, expresada entre grandes peligros y heroicos hechos y levantados pensamientos...³²

Ahora no era la plebe que se amotinaba y que, en desorden, se expresaba violentamente; era el pueblo unido en torno a una figura y un sentimiento de lealtad, frente a un enemigo que amenazaba la integridad del reino. La tristeza que provocaron las noticias de Bayona se transformó pronto en un exaltado patriotismo y en un violento sentimiento antifrancés, que tuvieron como protagonista principal al pueblo español. Fue un movimiento masivo que un autor ha calificado como una actitud de locura,³³ una histeria colectiva a la que pocos españoles pudieron sustraerse, cuyos rasgos más notorios fueron la xenofobia, una actitud violenta contra todo lo francés, que llegó a alcanzar tintes de dramatismo y violencia inusitadas; fue también una cruzada cuasi religiosa y patriótica, es decir, una lucha en defensa de la religión, de la patria y del rey.³⁴

La guerra de independencia despertó en un principio sentimientos de admiración, y prácticamente todos cantaron loas al patriotismo español. El entusiasmo por el rey Fernando y el odio a los franceses, asegura el Marqués de Ayerbe, eran generales en España, hasta el punto en que todas las provincias disputaban la primicia del levantamiento contra Napoleón. Aunque con evidentes intenciones de exaltar la figura de Fernando, el recuento que hace el Marqués de los levantamientos en cada provincia resulta ilustrativo: navarros y vascos abandonaron sus hogares para servir a la causa común de la nación; asturianos y gallegos gozaban del honor de haber sido los primeros en alzarse y habían ofrecido más de 18 mil efectivos y un afamado militar, el general Blake; extremeños y castellanos se

³² “Recuerdos de un anciano”, *Obras escogidas de Antonio Alcalá...*, Vol. I, 1955, pp. 40-41. Se cita el mismo pasaje en sus “Memorias”, p. 346.

³³ Moreno Alonso, Manuel, *La generación española de 1808*, (Alianza Universidad Historia, 595), Madrid, Alianza Editorial, 1989, Caps. 3 y 4.

³⁴ Herrero, Javier, *Los orígenes del pensamiento...*, pp. 373-383.

enfrentaron a sus autoridades, encabezadas por el conde de TorreFresno, que habían capitulado; catalanes, valencianos, cartagineses, murcianos, aragoneses, andaluces, españoles todos se aprestaron a defender a su rey y a su patria.³⁵

Las acciones de defensa no fueron tan sonadas en la mayoría de los casos, pero sí “más gloriosas” si se toma en cuenta que se realizaron por “paisanos sin gobierno, sin disciplina, sin cuerpos organizados”,³⁶ pero unidos todos alrededor de un sentimiento común, como se expresa en una décima que, como otras muchas, circuló en Valencia: “La valenciana arrogancia/ tiene siempre por gran punto/ no olvidarse de Sagunto/ y acordarse de Numacia:/ franceses, idos a Francia,/ dejádnos con nuestra ley;/ y en tocando a nuestra patria y hogares,/ todos somos militares/ y formamos una grey”.³⁷

El patriotismo español era innegable y su expresión en los campos de batalla fue decisivo a la postre. Los autores que aquí nos ocupan así lo reconocen. Alcalá Galiano señala que a pesar de las opiniones discordantes que eventualmente surgían, era común a todos hacer la guerra al enemigo francés, “fuese cual fuese el estado de apuro a que en la resistencia llegase”, pues se miraba el asunto como una cuestión “de honor” para el nombre español y de “empeño” para el bien entendido interés de la patria; y aunque se produjeron pocas victorias existía un “tenaz propósito”, una “pertinacia heroica” de mantener erguida la “bandera de la patria”.³⁸

Para el Marqués de Ayerbe todo era entusiasmo en España: a la “atrevida” nación española le parecía poco traer al legítimo rey de vuelta y quería conquistar la Francia y arrancar de su trono a Napoleón; desdichado hubiera sido aquel que no sólo se declarase por el partido contrario sino que hubiese manifestado la menor

³⁵ “Memorias del Marqués de Ayerbe. Sobre la estancia de Fernando VII en Valençay y el principio de la guerra de independencia”, *Memorias de tiempos de Fernando VII*, (Biblioteca de Autores Españoles, 97), Madrid, Ediciones Atlas, 1957, Vol. I, pp. 241-248.

³⁶ *Idem*.

³⁷ Citada en *Ibid.*, p. 232.

³⁸ “Memorias”, *Obras escogidas de Antonio Alcalá...*, pp. 350-351; “Recuerdos de un anciano”..., p. 45.

indiferencia.³⁹ Hasta Godoy se sumó a los elogios, si bien aprovechó para lanzar sus críticas: los maquiavélicos y traidores consejeros de Fernando, con “obstinación indisculpable”, se echaron en brazos de Napoleón comprometiendo la patria, el honor y la independencia; en contraste, la España estaba “heroicamente decidida” a mantenerla, pues el pueblo castellano era celoso de su honra y su independencia; España era una nación leal y “pundonorosa”.⁴⁰

El levantamiento popular contra los franceses, sin embargo, provocaría el regreso de la temida plebe, que tenía manifestaciones mucho menos loables. El principal crítico de esa otra cara de la moneda era Blanco White. Declaraba por una parte que estaba decidido a prestar su “pobre ayuda” a la causa española contra Francia, pero por la otra confesaba que no resistía el “ciego, inmoderado e incontrolado patriotismo” que se había desplegado, pues aunque se trataba de un sentimiento que expresaba “el sentir de una mayoría”, no merecía el nombre de opinión pública. En muchas ocasiones, refiere Blanco, la “capa” de patriotismo servía para justificar la “desdichada propensión” que tenían los españoles, sobre todo los del sur, a derramar sangre. Así, si los franceses fueron a menudo los destinatarios de la ira popular, también muchos españoles cayeron asesinados, debido a “envidias y venganzas particulares”.⁴¹

Un testimonio citado por el sevillano da, en sus palabras, una idea “más clara de la situación del país”: al enterarse de los sucesos de Madrid y la sublevación de las principales ciudades, los habitantes del pequeño pueblo de Almaraz, armados rudimentariamente, se presentaron en masa ante la casa del alcalde y, a la pregunta de éste sobre qué era lo que deseaban, el portavoz de los amotinados respondió: “queremos matar a alguien, señor. En Trujillo han matado a uno; en Badajoz a uno o dos; en Mérida a otro; y nosotros no queremos ser menos. Señor, queremos matar a un traidor”.⁴²

³⁹ “Memorias del Marqués de Ayerbe. Sobre la estancia de Fernando VII en Valençay...”, p. 250.

⁴⁰ *Memorias del Príncipe de la Paz...*, pp. 329, 351-352, 469-470, 479.

⁴¹ Blanco White, José, *Cartas de España...*, pp. 308 y 312.

⁴² *Ibid.*, pp. 312-313.

Desde luego que la galofobia española se explica en buena medida por los excesos, francamente brutales en ocasiones, de las tropas francesas. Son numerosos los testimonios del saqueo, las violaciones, la tortura, las crueldades y las ciudades arrasadas cometidas por las huestes de Napoleón. No era retórica lo que se afirmaba en una proclama de la Junta de Valencia, del 7 de junio de 1809, en la que se señalaba que los franceses se habían “comportado peor que una horda de hotentotes. Han profanado nuestros templos, insultado nuestra religión y violado nuestras mujeres”. Pero los españoles también dieron muestra de que podían ser despiadados, y como muestra se puede citar la masacre ocurrida en la población de Arenas de San Pedro, situada en la sierra de Gredos, donde una muchedumbre de españoles quebró las piernas y los brazos, cortó los genitales y arrancó el corazón a 24 prisioneros de guerra.⁴³

El heroico patriotismo había tomado el camino de la violencia, la paranoia y la xenofobia; el pueblo vuelto plebe. Se manchaba así, según estos testimonios, los nobles sentimientos de lealtad y las valerosas acciones en contra del invasor. “Manchas feas de las que empañan el lustre de los más gloriosos sucesos” eran las manifestaciones de terror para Alcalá Galiano;⁴⁴ males “consiguientes a la anarquía” que debían ser remediados para el Marqués de Ayerbe.⁴⁵ Los excesos incontrolados de la plebe atemorizaban a los sectores “decentes” y a los propietarios: en sus memorias de viejo, Alcalá Galiano recuerda el terror de los ciudadanos de la clase media cuando los patriotas andrajosos del ejército de Valencia marchaban por Madrid, y la manera en que las multitudes en Cádiz y Oviedo sólo podían ser detenidas en sus desmanes e intentos de linchamiento por frailes y sacerdotes.⁴⁶

⁴³ Un apretado resumen de los excesos franceses y españoles se puede leer en Gabriel Lovett, *La guerra de independencia...*, pp. 281-294. La proclama de Valencia se cita en Raymond Carr, *España. 1808-1975...*, p. 115.

⁴⁴ “Recuerdos de un anciano”, *Obras escogidas de Antonio Alcalá...*, Vol. I, p. 49.

⁴⁵ “Memorias del Marqués de Ayerbe. Sobre la estancia de Fernando VII en Valencia...”, p. 249.

⁴⁶ “Recuerdos de un anciano”, *Obras escogidas de Antonio Alcalá...*, p. 52.

La dimensión política de la participación popular, más quizá que su cara violenta y desenfrenada, era lo que podía llegar a ser verdaderamente perturbador para los grupos de elite. La guerra popular y su expresión guerrillera habían llegado a elaborar un discurso propio y una organización específica. A lo largo del enfrentamiento armado llegaron a funcionar unas 400 partidas guerrilleras, cuyos integrantes oscilaban entre los 50 y los 1000 individuos, aunque algunos grupos como los del famoso guerrillero El Empecinado, o el de Espoz y Mina, llegaron a contar hasta 13 mil hombres. La guerra se volvió entonces, como han señalado Bahamonde y Martínez, un “campo de aprendizaje de rebeldía colectiva”, que caracterizaría formas de respuesta social durante todo el siglo XIX español.⁴⁷

Por lo demás, la participación popular en la guerra tuvo una vertiente institucional expresada en las juntas ciudadanas, encabezadas por los patricios locales. Ciertamente, la formación de esas juntas fue el instrumento principal para la recuperación del control por parte de los prohombres lugareños como les llama Carr. El marqués de Ayerbe así lo reconocía: “los nobles, el clero y los militares se unieron al pueblo a tiempo y apaciguaron los desórdenes”.⁴⁸ Pero estas juntas tuvieron también un papel significativo en el impulso de la idea de la soberanía popular: cuando fueron cuestionadas por algunos órganos locales del poder del Antiguo Régimen, defendieron su autoridad derivándola de las elecciones de “un pueblo libre que no quiere perecer”.⁴⁹

Fin de la obra: una presencia inevitable e incómoda

La presencia popular en la España de 1808 significaba un dilema: era indispensable para sostener la guerra de independencia, pero a su vez entrañaba el peligro de su desbordamiento. La única salida posible

⁴⁷ Bahamonde, Ángel y Jesús A. Martínez, *Historia de España. Siglo XIX*, Madrid, Cátedra, 1998, pp. 37-38.

⁴⁸ “Memorias del Marqués de Ayerbe. Sobre la estancia de Fernando VII en Valencia...”, p. 270.

⁴⁹ Carr, Raymond, *España, 1808-1975...*, p. 99.

era someter a las masas al control, dirigir su peligrosa pero inevitable participación. Dos cosas, para Alcalá, “daban cuidado” en la guerra: la notoria mala calidad de los ejércitos y la carencia de un Gobierno general. Similares pensamientos tenía el Marqués de Ayerbe: había que “domar las pasiones”, los “estímulos violentos” del corazón humano, dedicándose para ello a los hombres “de mayor influjo”.⁵⁰ Fue justamente el hecho de que una parte importante de los prohombres locales se unieron a la revolución popular -el modelo clásico de la revolución en el siglo XIX, señala Raymond Carr- lo que posibilitó dominar la anarquía, sobre todo a través de la organización de las juntas.⁵¹

La anarquía, la violencia y el fanatismo podían ser controlables, pero quizá no las consecuencias estrictamente políticas de la participación popular. El perspicaz Blanco White comentaba el 30 de julio de 1808 que la ausencia del rey era una buena oportunidad para restaurar las antiguas libertades y que, precisamente, la existencia de las juntas populares tenía que llevar al restablecimiento de las Cortes.⁵² La idea de las Cortes, que empezó a circular bien pronto, mereció esta opinión de Ayerbe, ilustrativa del pensamiento de los defensores del Antiguo Régimen: “No puede haber proposición más inútil, ni más antipolítica en las actuales calendas ni más injuriosa al rey”. Y para descalificarla se preguntaba “¿No es ésta la misma proposición que ha hecho Bonaparte?”⁵³

En 1814 Fernando regresó del cautiverio y restauró el absolutismo, pero las cosas ya no volverían a ser iguales. Si algo confería al alzamiento de 1808 el carácter de revolución y no de simple motín; si estos años constituían un periodo de “la mayor importancia y trascendencia”, un periodo de “transformación y renovación”, era justamente porque la presencia abrumadora y decisiva del pueblo

⁵⁰ “Recuerdos de un anciano”, *Obras escogidas de Antonio Alcalá...*, Vol. I, p. 45; “Memorias del Marqués de Ayerbe. Sobre la estancia de Fernando VII en Valencia...”, p. 249.

⁵¹ Carr, Raymond, *España, 1808-1975...*, pp. 98-99.

⁵² Blanco White, José, *Cartas de España...*, p. 319.

⁵³ “Memorias del Marqués de Ayerbe. Sobre la estancia de Fernando VII en Valencia...”, p. 263.

había logrado que, al término de la guerra, triunfara la idea de establecer una Constitución “casi democrática”.⁵⁴

Una cosa digna de advertir, señala Alcalá Galiano, es que “se pronosticaba” que la “gran conmoción” popular terminaría en la formación de un gobierno “en el que el pueblo tuviese parte”. Lo que dio principio a la guerra había sido un motín, sí; pero en tanto la autoridad había prácticamente desaparecido y, por tanto, sido desobedecida, y se habían formado juntas en las que participaron sujetos puestos por el pueblo a quienes “se les dio el nombre de representantes”, se reconoció “ser el pueblo un poder y un oficio el representarle”. En ocasión de motines anteriores (con Carlos II, Carlos III, en la guerra de sucesión, en Valencia y las Vascongadas con Carlos IV) el pueblo se había manifestado pero en ninguno de ellos “se intentó poner límites a la autoridad del rey o de su Gobierno”, en ningún caso “fue creada una autoridad popular”:

Pero en 1808 triunfó el pueblo y gozó de su victoria. Hubo tribunos, y aunque ignoraban muchos de ellos que hubiese poder tribunicio, lo aprendieron pronto, descubriéndoles el propio interés amaestrado con la experiencia la clase y valor de la fuerza de que se veían dueños. El pueblo, así como a desobedecer, aprendió a mandar y a estarse continuamente mezclando en negocios de estado. Cuando el hecho existe aspira a transformarse en derecho; y España, gobernada popularmente, aunque lo fuese para sustentar y mantener ilesa la fábrica de su antigua monarquía, tenía que venir a parar en hacer leyes en que el pueblo se diese a sí mismo poder no escaso.⁵⁵

El “crecidísimo” vulgo se había expresado en la crisis de 1808, pero el pueblo también. Un testigo de la época, Mesonero Romanos, afirmó en referencia al motín de Aranjuez y la guerra de independencia que el “tumulto cortesano” se había convertido en una “formidable revolución nacional”. Y Raymond Carr, en el mismo tenor, señaló

⁵⁴ “Índole de la revolución de España en 1808”, *Obras escogidas de Antonio Alcalá...*, Vol. II, p. 311.

⁵⁵ “Índole de la revolución de España en 1808”, *Obras escogidas de Antonio Alcalá...*, Vol. II, pp. 319-320.

que la cuestión de El Escorial inició un proceso que habría de conducir “a través de la monarquía constitucional a la república democrática”.⁵⁶

Empezaron a circular, entonces, ideas como las de representación, soberanía popular, orden constitucional, que adquirieron fuerza y llegaron para quedarse, si bien habrían de transitar un largo camino a lo largo del siglo XIX y aun del XX para afianzarse. La fidelidad al rey y la defensa de la religión habían sido sentimientos auténticos, pero el Antiguo Régimen era ya imposible de restaurar. A los ojos de muchos contemporáneos, la participación popular había sido violenta, desaforada, peligrosa, xenófoba, anárquica, explosiva, fanática, tumultuaria, turbulenta. Pero había sido también, paradójicamente y en más de un sentido, paridora de la modernidad española.

El problema para las elites españolas del siglo XIX, como quizá para todas las elites del mundo occidental, habría de ser cómo definir y movilizar al pueblo y al mismo tiempo controlar a la plebe. En el uso de ambos vocablos por parte de las elites se cifraba precisamente la ambigüedad de una difícil pero inevitable relación con el pueblo-plebe.



Recibido: 26 de febrero del 2004
Aceptado: 6 de octubre del 2004

⁵⁶ Carr, Raymond, *España, 1808-1975...*, pp. 90-94. En esta misma obra se cita el comentario de Mesonero.